Las rutas más bellas del Parque Natural de Cazorla Segura y las Villas

José Gómez Muñoz
romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
Tlf. 691 36 05 67 / 958 185252

Profesor Vicente Callao, 7
Facultad de Teología
Granada, Andalucía, España

José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA



VENTANAS A LA ETERNIDAD

El libro de los más bellos relatos de la Alhambra, río Darro, Albaicín, Realejo y Granada

Cuando el otoño llegue
con sus nubes blancas,
volveré por los rincones
que de ti me hablan
y rezaré por ti en silencio
oraciones claras
para que sigas viva en el cielo
y en mi alma.

El otoño y el invierno,
aquí en Granada,
son como océanos profundos
que regalan
universos, mil sueños puros
que salvan.
Por eso regresaré
al volver las nubes blancas
y seguiré rezando por ti
cada día, cada mañana
para que eterno sea tu recuerdo
en el cielo y en mi alma.

ÍNDICE

OTROS RELATOS DE ESTE LIBRO

Meditar la Alhambra

De su amiga en el extranjero recibió noticias que decían: “Para Semana Santa, quiero ir a Granada. Quiero ver las procesiones por las calles, por la Carrera del Darro y frente a la Alhambra y quiero recorrer el Albaicín y oler la magia de sus rincones llenos de incienso y flores. Pero sobre todo, quiero pasear y gustar la Alhambra de esa manera auténtica que dicen solo tú sabes mostrarla. ¿Puedes atenderme?” Y enseguida él contestó a su amiga diciendo: “Por Semana Santa, sí que puedo atenderte en tu visita a Granada. Y claro que puedo y quiero mostrarte la Alhambra de esa manera que sé yo y a muchos les entusiasma. Ven cuando quieras que, con los brazos abiertos, ilusionado te espero. No en Plaza Larga ni en el Albaicín ni río Darro ni en los jardines de la Alhambra. Espero tu llegada, donde los ríos se juntan y nos conocimos aquel día de invierno”.

A él no lo conocían muchos en Granada pero los amigos que tenía, siempre comentaban:

- Su forma de enseñar la Alhambra, en nada se parece a lo que dicen y explican tantos guías.

- Es que él no enseña ni explica la Alhambra, la muestra desde el alma y desde ese matiz tan peculiar que no se expresa con palabras. Por eso siempre

dice: “Mirar la Alhambra, recorrer sus palacios, leerla en los libros, hacerle fotos y tocarla, no es conocerla en su esencia más real. Para descubrir al menos un poco lo mejor de la Alhambra, primero hay que meditarla, luego hay que gustarla dentro y después, recorrerla en silencio”.

- Pero esta forma suya de ver y exponer la Alhambra casi nada tiene que ver con el modo en que casi todos la enseñan.

- Es que él no la enseña, la medita. Y en este matiz que parece tan pequeño, es donde se encuentra la diferencia.

Estas y cosas parecidas comentaban sus amigos mientras iban y venían por las calles de Granada. También mientras él aquella tarde de primavera y vísperas de la llegada de su amiga, salía de Granada con la mochila acuestas. Recorrió los caminos, a ratos por las orillas del río Genil y en otros momentos, por las laderas de las montañas y al caer la tarde, llegó al sitio. Descolgó su mochila, sacó las cosas, desplegó la tienda, la montó en el rincón que desde hacía mucho conocía y luego se acercó a las aguas del río. Se comió un bocadillo y mientras contemplaba la corriente y pensaba en ella, se dijo: “Justo aquí, entre la acequia, el charco y la corriente, le voy a decir que plante su tienda. En el mismo sitio y del mismo modo que aquel día para que viva la experiencia con toda la profundidad y frescura que necesita”.

Y al caer la tarde, se metió dentro de su tienda y se puso a meditar mientras cogía el sueño. Amaneció al día siguiente con el cielo por completo

limpio, azul intenso y luego salió el sol brillante y puro, como el mejor día de primavera. Se dijo, pensando en ella y gustando la belleza del nuevo día: “Es lo que más le gusta y necesita para vivir la experiencia única que está buscando”. Y se puso a esperarla, con la ilusión de verla asomar con su mochila acuestas, su coleta de pelo negro, su sincera sonrisa y la inmaculada belleza de su cara.

Era ya medio día un poco pasado, cuando la vio asomar por el camino. Salió a recibirla, la acompañó hasta el lugar de la acequia, le ayudó a descolgarse su mochila y luego, después de un buen rato de charla y de compartir cosas y noticias, se pusieron a montar la tienda. Justo donde años atrás. Y cuando la tarde se iba, se sentaron frente a la corriente y charlaron de mil cosas más durante mucho rato. Luego dijo él, cuando ya la noche llegaba:
- Ahora, entra a tu tienda y mientras coges el sueño y también mientras duermes, gusta y medita los sonidos y silencios que este lugar concreto regala. Mañana vamos a la Alhambra y te la muestro verás como la descubres en su realidad más auténtica.
Y se metió ella en su tienda, se acurrucó en su saco de dormir y en silencio, se puso a gustar del rumor del río, del chapoteo de la acequia, del siseo de las hojas de la alameda, del canto de los autillos, ruiseñores y mochuelos y del silencio de las horas pasando. Al amanecer, salió de su tienda y se puso a mirar la salida del sol. Salió él también de su tienda y después de saludarla le preguntó:
- ¿Has gustado de la música de las aguas?
- La he gustado y ahora ya creo que sí estoy preparada para ir y que me muestres la Alhambra.

Porque también ahora creo que sé lo que significa el agua en esos palacios y jardines y en Granada. Tu modo de preparar para ver y gustar las cosas, es el mejor. Vamos y muéstrame la Alhambra que quiero descubrir y saborear en profundidad su esencia.

El agua que baja de Sierra Nevada,
fresca y limpia
como el limpio viento de las altas montañas,
desciende cantarina
y se quiebra y remansa
en los valles de la hierba
y en los misteriosos recodos de las sombras largas.
Es esencia pura de sol y silencios
que busca los silencios de la Alhambra
y llena de armonía las tardes
y los sueños que en las tardes llora el alma.

Las torres de la Alhambra

Ahora es conocido con el nombre de Jesús del Valle. Del mismo modo en que fue bautizado varios siglos atrás. Pero antes, cuando en la Alhambra había reyes, príncipes y princesas, a este lugar se le conocía con el nombre de “El Valle de la Luz”. Y tiene sentido este primer nombre y el segundo que le pusieron.

Porque el rincón sí es exactamente un valle. Todo un pequeño paraíso, más o menos a la mitad del recorrido del río Darro. A unos siete u ocho kilómetros del nacimiento de este río y casi a la misma distancia donde el cauce se entrega al río Genil, es donde se encuentra el valle que digo. Justo donde el río traza

una amplia curva, obligado por una cuerda montañosa que nace justo donde la Alhambra se asienta. Esta gran colina, larga y muy robusta, es conocida con varios nombres: por donde la Alhambra, se le da el nombre de la Sabika, algo más arriba, el lugar muchos lo llaman Cerro del Sol, aunque sean los aledaños de este gran cerro, Luego, Dehesa del Generalife y llanos de la Perdiz. Y a la altura del valle que vengo diciendo, es donde encaja perfectamente el nombre del Cerro del Sol. Cumbre con 1036 metros de altura y verdadero Cerro del Sol porque es el punto más elevado. Por aquí, crecían y aun crecen, densos bosques de encinas, cornicabras, retamas, muchas aulagas y en las partes bajas, olivos y avellanos. Ya en los primeros tiempos de este edén, cuando era conocido como Valle de la Luz por lo bien iluminado que siempre está, gracias al brillante sol que en muchos momento lo baña, sembraban por aquí muchos olivos. También viñas y avellanos. Y dicen que las avellanas que se han dado siempre en este bellísimo lugar, eran las mejores de todo el reino de Granada. Lo mismo dicen de las uvas y el vino que salía de la viña que aun hoy en día puede verse no lejos del río. También en tiempos lejanos, en las tierras de este valle y en las laderas que a un lado y otro lo encierran, se daban muy buenas cosechas de cereales: trigo, cebada, centeno, avena…

Porque el Valle de la Luz, además de una belleza excepcional, desde tiempos remotos, ha tenido mucha agua y muy buenas tierras. Pero sobre todo, sol y agua en abundancia, pura y fina porque el manantial donde brotan, se abre en la montaña bajo una roca. Y precisamente por esta abundancia de

agua y buenas tierras es por lo que, desde tiempos lejanos, en el lugar siempre hubo grupos de personas. Al principio del siglo quince, en la construcción y existencia de un gran cortijo hoy conocido con el nombre de Hacienda de Jesús del Valle. Un gran complejo, recio, ampuloso y de alguna manera, bello.

Pero mucho antes de la Hacienda de Jesús del Valle, era importante un pequeño cortijillo en las tierras de este singular paraíso. Bueno, había más de una construcción ocupadas por algunas familias pero una en concreto es lo que interesa en este relato. Se alzaba, no lejos de la corriente del río. Sobre una llanura cara al sol de la mañana y, por lo tanto, mirando a Sierra Nevada y a un lado y otro, las tierras estaban sembradas de viñas y olivos. Blanco, rectangular, rodeado también de álamos y avellanos y con su corral al lado de arriba, para ovejas y cabras. Por el lado de abajo y hacia el río, se veía la senda que llevaba al gran charco. Remansado en la arena, entre algunas piedras y a la sombra de un par de almeces. Aquí era donde la madre muchas veces acudía para lavar la ropa de los hijos y del marido.

Y los dos hermanos, de entre diez y doce años, muchas veces también se venían con la madre cuando ésta lavaba en el río. Jugaban ellos con la corriente de las aguas, juntaban piedrecitas de distintos colores y tamaños, buscaban nidos de ruiseñores, recogían frutos silvestres, moras, avellanas, bellotas, majoletas, selvas, azufaifas, acerolas… Y luego decían a la madre:

- Por las aguas de este río de la Alhambra, un día flotaremos un barco construido por nosotros y nos iremos navegando hasta Granada.
- Eso será muy divertido y una gran aventura pero ¿y si os perdéis navegando río abajo hacia la Alhambra?
- No nos perderemos porque, según nos ha dicho nuestro padre, la Alhambra tiene muchas torres que se ven desde gran distancia. Iremos atentos a estas torres y nos servirán de guía.

Y para ir conociendo las torres de la Alhambra, muchas veces ellos se iban con el padre, cuando éste labraba la viña o los olivos, por el lado de arriba del cortijo. Y en estas ocasiones, era el hermano el que siempre decía a la pequeña:
- Subamos a ese cerro a ver si desde lo más alto, divisamos las torres de la Alhambra.
Y por el campo, pisando la hierba y siguiendo las veredas de las ovejas, se iban al cerro. Desde lo más alto, miraban y como no descubrían ni la Alhambra ni sus torres, se decían:
- Pues mañana subimos a ese otro cerro más alto, que desde ahí seguro que sí vemos las torres que buscamos.
Y al día siguiente, mientras el padre labraba las tierras de la viña y la madre lavaba en las aguas del río Darro, ellos remontaban otro cerro. Desde este monte, como sí era muy alto, descubrían algunas de las torres. Y entonces se entusiasmaban y se decían:
- Pues mañana subimos al monte de aquel lado del río, que desde allí se tiene que ver mucho más.

Y otra vez de nuevo al día siguiente y al otro, al cuarto y quinto día, subían a un monte y otro para

descubrir las torres de la Alhambra. Hasta que llegó un momento que ya habían subido a todo los cerros que el río Darro tiene por donde las tierras de Jesús del Valle. Y como ellos fueron descubriendo que todos estos cerros eran más altos que las torres de la Alhambra, se le fue ocurriendo una nueva idea. Comenzaron a darle nombres a cada uno de estos cerros y comenzaron a buscar de qué manera conectarlos con las torres que soñaban. Hasta que un día descubrieron que subiéndose a lo más alto del cerro más elevado, el de los olivares al otro lado del río, desde su cumbre, se veían cinco o seis montes muy altos y todos parecían estar en línea recta con las torres de la Alhambra. Éstas se divisaban al final del todo, muy lejos y por donde el río Darro se perdía.

Y una tarde, estando ellos en lo más alto de este monte, frente a la puesta del sol y con las torres de la Alhambra al fondo recortadas y todas alineadas con los cerros que conocían, la hermana pequeña dijo:
- ¿Y si en lugar de construir un barco para irnos por las aguas del río, un día damos un salto y desde estas cumbres salimos volando hasta las torres de ese gran palacio?

Los silencios del río de la Alhambra

El río que corre cristalino
rozando las murallas de la Alhambra
entre álamos y zarzas escondido,
es espejo y abriga en su alma,
los silencios y secretos más bonitos.
¡Cuánto saben y proclaman las aguas

de este bellísimo y transparente río,
ruiseñor enamorado de Granada!

Con frecuencia se le veía por las orillas del río Darro. Siguiendo el trazado de las sendillas que por esos lugares iban, en busca de su “rincón pequeño”. Porque con este nombre era como él siempre llamaba al solitario balcón frente al río. Pequeña repisa natural, alzada en una de las laderas, umbría o solana de la Alhambra y donde reinaba siempre un gran silencio. Tanto que hasta parecía que ni siquiera el tiempo por allí pasaba y las personas, tampoco. Solo él, cuando cada tarde llegaba, se acomodaba en lo más alto, siempre donde la hierba se extendía en alfombra, no lejos del viejo almez y alzado en la ladera.

Y en este punto concreto, mirando al río, sumido en hondo silencio y quietud, se quedaba, a veces horas y horas. Muy pocos lo veían aunque sí muchos lo conocían. Vivía en las partes bajas del barrio del Albaicín, no lejos de la Alhambra y por eso estaba enamorado, no tanto del gran castillo como sí del río Darro, amigo inseparable de estas torres y murallas. Las aguas de este río, su rumor al saltar por la corriente, sus silencios remansados en los charcos y la luz que siempre con la corriente jugueteaba, era lo que a él más le divertía y alimentaba. Solo de vez en cuando, algún conocido se le acercaba, cuando lo veía recogido en el mirador de su rincón pequeño y comentaba:
- Debe ser algo muy grande lo que cada día descubres tú en las aguas de este río.
- ¿Por qué lo dices?

- Tanto rato aquí sentado, un día y otro y siempre frente a estas agua y como ajeno a cuanto te rodea, es por algo que los demás no sabemos ni adivinamos.
Y en alguna ocasión él les respondía:
- Es mi secreto personal pero sí que me alimento y me sacio de algo que nadie ni nada puede darme por ningún lado en este suelo.

Y a veces, en aquellos momentos o cuando la tarde caía y el sol se iba apagando, aparecía la niña. De pelo negro, cara redonda y cuerpo menudo y frágil como un soplo de viento. Él siempre se le quedaba mirando y esperaba. Ella, un día y otro y casi siempre por las tardes, se paraba en un punto concreto del río. Donde las aguas se remansan y parecen más puras que en ningún otro punto, miraba para el lado de la Alhambra en lo más alto de la colina y la llamaba:
- Mamá, asómate a la ventana que quiero decirte algo.
Y nadie se asomaba. Ni a la ventana ni a la puerta ni a ningún otro lado. Pero ella, después de un rato, esperando una respuesta, otra vez la llamaba:
- Mamá ¿dónde te has metido?
Y pasado otro buen rato sin que nadie apareciera ni contestara, la pequeña daba media vuelta, en silencio subía por la torrentera y cabizbaja se iba a su cueva, meditando nadie sabía qué.

Tampoco nadie parecía verla ni saber quién era ni lo que en su corazón palpitaba. Pero él, desde el balcón pequeño alzado en la ladera y frente al río, sí la observaba en silencio. Y a veces se preguntaba: "¿Quién será esta niña y por qué tantas veces viene a este río en busca de la madre que nunca se

presenta?” Y como nadie tampoco respondía a esta pregunta, allí, en su silencio, frente a las cristalinas aguas del río, seguía quieto. Como ajeno por completo al mundo que le rodeaba aunque sí parecía alimentarse de las purísimas aguas de la corriente.

A sus espaldas, también siempre silenciosas y muy hermosas sobre la colina, emergían las torres y murallas de la Alhambra. Como mirando con él irse las aguas del río y como meditando y diluyéndose en el silencio y los imperceptibles pasos del tiempo. ¿Quién era él y la pequeña del río que tanto necesitaba de la madre que nunca parecía? ¿Qué misterios o secretos eran los que en el corazón de uno y otro, palpitaban y por qué la Alhambra sí parecía conocerlos y arroparlos desde su eternidad clavada? También yo sé dónde está y como es exactamente el rincón donde cada tarde se sentaba frente al río y abrazado por el más limpio de los silencios. Conozco el sitio que en forma de balcón se eleva cerca del río Darro pero no voy a descubrirlo. Ahora sé que el lugar, tiene algo de sagrado porque pertenece al universo de lo eterno y por eso nadie debe nunca mancharlo. Le pertenece, y también al río, como algo único y para siempre, ya que fue y sigue siendo su especial trocito de cielo.

Los pobres del río Darro

Ellos no sabían ni leer ni escribir pero tenían gran sabiduría. Quizás mucho más que los reyes de la Alhambra y que los generales que los servían. Porque ellos tenía muy claro que mostrarse sencillos en la

vida y humanitarios con los demás, les protegía. Por eso, cuando alguien llegaba a sus casas o se acercaban a ellos cuando cultivaban las tierras de sus huertos, siempre le decían:

- Sed bienvenido y cualquier cosa que necesites, si yo la tengo o puedo, cuenta conmigo.

Y luego siempre, le ofrecían algo de comida, lo que tuvieran aunque fueran pobres. En ocasiones también decían:

- Quizás esté cansado o tenga sed o hambre. Con esto recuperará algunas fuerzas y como estos productos míos son buenos, ya verá qué bien le sienta.

Y a los que realmente le sentaba bien era a ellos mismos. Porque se sentían generosos, buenos por dentro y en el fondo, a salvo de que los atacaran o robaran. Entre sí, siempre comentaban:

- Aunque las personas sean desconocidas, hay que comportarse con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Y un día, por donde el río Darro tiene tierras llanas en sus orillas, antes de Granada y desde donde ya se ve la Alhambra, llegaron unos jóvenes. Un grupo de cinco o seis, con perros, mal vestidos, con barbas y pelos largos y sin más utensilios ni alimentos. Se acercaron al río y donde las ruinas de un solitario edificio, se quedaron. Desde hacia tiempo este edificio estaba abandonado y se caía poco a poco. Los pobres de esta zona del río Darro no conocían al dueño de estas ruinas pero ellos sí respetaban el lugar como algo que no les pertenecía y que sí tendría su propietario. Sin embargo, los jóvenes, nada más aparecer por el sitio, se fueron

derechos al edificio abandonado y enseguida lo ocuparon. Al verlos, los que tenían los huertecillos cerca o alguna casa o cueva, entre sí comentaron:
- No los molestemos ni les digamos nada que pueda ofenderles. Que no se hagan enemigo de nosotros porque eso no sería bueno para nadie.
- Sí, hagamos esto. Y si se acercan a nosotros cuando estemos cultivando las plantas de nuestros huertos, démosle lo que tengamos. Mejor que se lo demos nosotros a que ellos nos lo roben cuando no los veamos.

Y aquella misma tarde, el hombre pobre que tenía unas tierrecillas no lejos del edificio en ruinas, dijo a su mujer:
- Prepara una cesta grande llena de cosas. Todo lo que tengamos y puedas.
- ¿Para qué la quieres?
- Tú hazme caso y prepara lo que te digo. Después lo comentamos.
Y al instante la mujer cogió una cesta de mimbre, puso dentro patatas, higos secos, algunas naranjas y limones y también pan y uvas pasas. Cogió el hombre la cesta, en compañía de su hijo, caminaron por la senda dirección a la vieja casa, llegaron a donde los jóvenes estaban, los saludó y les entregó la gran cesta repleta de alimentos, diciendo:
- Esto es lo que tenemos. Compartirlo entre vosotros y así al menos, por unos días, coméis buenos productos. Después, Dios proveerá.
Ellos se lo agradecieron, se repartieron entre sí los frutos y luego dijeron:

- Tienen buen corazón estas personas pobres del río Darro, el de la Alhambra. Y como nos tratan bien, debemos respetarlos y no hacerles daño.

La casa de la princesa

Se le conoce en Granada con el nombre de "La Casa de la Princesa". Y ahora, cuando llega la Semana Santa, Navidad o las vacaciones de verano, se la alquilan a los turistas, con el nombre de "Casa rural". Les gusta mucho a los turistas este sitio por el lugar tan especial donde está construida, por los ríos que la rodean, por la bellísima fuente de agua clara y por el pequeño valle al poniente de esta casa.

Porque a la princesa, una de las más hermosas que en la época de los reyes Nazaríes hubo en la Alhambra, disfrutó de su casa en el lugar más bello. Regalo de sus padres por el interés que ella siempre mostraba por los ríos de aguas claras, cantos de pájaros, cielos azules, flores silvestres y olores a montañas verdes. Por eso un día, sus padres, famosos reyes de la Alhambra, le preguntaron:
- ¿En qué lugar del reino de Granada quieres que te construyamos la casa de tus sueños?
Y ella enseguida dijo:
- Al norte de la Alhambra, no lejos de las cumbres blancas, cerca de un verde valle y fuentes y ríos de aguas claras.
- ¿Te gusta la almunia de los Acebuches?
- ¿Ese puntal tapizado de encinas que al poniente tiene un valle y al levante un manantial y un misterioso arroyo lleno de zarzas?

- Sí, ese sitio concreto.
- Es el lugar más bonito que nunca se haya soñado. Quiero tener ahí mi casa.
- Pues ya está todo hablado.

Y en aquel mismo momento, los padres dieron órdenes y solo unos meses después, se alzaba la casa sobre el Puntal de los Acebuches. Entre olivos silvestres, escoltada por un precioso bosque de encinas centenarias, mirando a Sierra Nevada, por encima de valle verde y no lejos de la Fuente de los Berros y el arroyo de las zarzas. Y la estancia era pequeña, como le gustaba a la princesa. Con solo un par de habitaciones, una sala con chimenea, ventanas a un lado y otro para ver los paisajes, un jardín muy pequeño en la puerta, paredes blancas y lo demás, cielos azules, aire puro, libertad sincera, silencio profundo y ella con su figura hermosa y su pequeño sueño.

Aquel mismo año, al llegar la primavera, estrenó su bonita casa. Dijo a sus padres y a los guardianes que la protegían:
- Durante un tiempo, quiero vivir sola en esta casa mía. Que nadie me moleste y que me dejen caminar libre por los campos que rodean a la casa de mis sueños.
- Pues lo que tú quieras, hija mía.
Dijeron los padres. Y al comienzo de aquella primavera, la princesa se fue a vivir a su casa de campo. Durmió por las noches en su habitación, gozó del silencio y del canto de los grillos, contempló, al amanecer, la luna y las estrellas y a media mañana, bajaba por la senda y se iba a la Fuente de los Berros.

El pequeño manantial que brotaba y aun brota, al comienzo del arroyo de las zarzas. Aquí se sentaba y durante mucho rato, se quedaba contemplando la blancura de Sierra Nevada y los lugares que por ahí siempre se adivinan.

Toda la primavera estuvo ella viviendo sola en su blanca casa. Solo algunas personas la molestaban durante algunas horas del día para llevarle comida y otras cosas que necesitaba y luego la dejaban en su reino de fantasía. Regresó a la Alhambra por un tiempo pero, al poco, volvió a esta casa suya. En los meses del verano, también en otoño y al llegar el invierno y otra vez al con la nueva primavera. Y así, durante varios años. Hasta que un día, estando ella sentada junto a la Fuente de los Berros, apareció un príncipe montado en su caballo, la subió en la grupa y se la llevó. Nunca más se supo de la princesa de la casa blanca. Y la buscaron por todo el reino de Granada y aun más lejos. Los padres la lloraron y durante mucho tiempo, ordenaron que La Casa de la Princesa, estuviera limpia, bien cuidada y todo el entorno protegido.

Pero pasó el tiempo y los reyes de la Alhambra, abandonaron también estos recintos. Se olvidó por completo La Casa de la Princesa y también su historia. Muchos años después, alguien fue dueño de estas tierras. En el mismo Puntal de los Acebuches y sobre las ruinas de aquella bonita casa de ensueño, hicieron una construcción pensando en los turistas y le pusieron por nombre Casa Rural. Los paisajes ya también han cambiado mucho por este sitio pero la Fuente de los Berros, el arroyo de las zarzas, el valle

de la hierba y las encinas y las cumbres de Sierra Nevada, siguen ahí. Como testimonio de aquella princesa aunque los turistas que por aquí pululan ahora, no sepan nada de esta historia.

Así son las cosas y así el tiempo las transforma. Pero como las cosas hermosas siempre pertenecen al universo de lo eterno, nunca desaparecen. El tiempo las conserva frescas y puras en lo que los humanos llamamos el reino de los sueños. Tal es el caso de La Casa de la Princesa, cerca de la Alhambra y en Granada

El libro de estos relatos tiene más de 1000 página, en tamaño A4 y letra en nueve puntos. Aquí solo he puesto una muestra de este libro. Algo más se puede leer en las siguientes páginas Web:

Facebook:
http://www.facebook.com/home.php?ref=home#!/profile.php?id=1112504705

Y también aquí:
http://romi3.jimdo.com/la-alhambra-en-el-corazón-ralatos-i/

Las rutas más bellas del
Parque Natural de Cazorla
Segura y las Villas

José Gómez Muñoz
romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
Tlf 691360567 / 958 185252

Profesor Vicente Callao, 7
Facultad de Teología
Granada, Andalucía, España

José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA



VENTANAS A LA ETERNIDAD

El libro de los más bellos relatos de la Alhambra, río Darro, Albaicín, Realejo y Granada

Cuando la tarde cae

sobre Granada,
se oye un gran silencio,
como una cascada
de honda soledad
que se clava
en el tibio aliento
que respira el alma.

Sobre la loma
de la Alhambra,
cuando la tarde cae,
lenta, apagada,
todo te recuerda,
todo te llama:
todo es tu ausencia
que amarga.

No eres fantasía,
sino el alma
de la tarde que cae
sobre Granada.
También el dolor
que sangra
en el corazón que llora
y te ama.
Cuando la tarde cae,
la tierra calma,
te busca y llora por ti
desde que faltas.

ÍNDICE GENERAL

Secretos en el barrio del Albaicín
Desde el Carmen de los Mártires
El Universo en unas palabras
La separación
El manantial de las aguas agrias
Recuerdos de la Alhambra
Tesoro por el río Darro
La felicitación de Navidad
La joven que hacía footing por las calles de Granada
La más hermosa noche de Navidad
Navidad frente a la Alhambra
El joven y el huertecillo
El solitario del Albaicín
El sabio y el joven
La niña, el tesoro y el cumpleaños
La casa de adobes
El palacio de la colina
Pintando la Navidad en Granada
El manantial del almendro
El valle de los árboles mágicos
La calle del poeta
El río de la Alhambra II, III, IV, V, VI,
El hombre de la mirada mágica
El palacio del sol, gemelo de la Alhambra
El árbol en la riada del río Darro
Los niños del otoño
En la Puerta de las Granadas de Granada
Los dos monederos
La mujer y el cordero
Desde las cuevas del Albaicín
La fantasía de un sueño
Una familia casa
El cascabel del Albaicín

ÍNDICE

El más bello mirador de la Alhambra

Vivía en la torre más bonita y alta. Desde donde se veía no solo la amplia Vega de Granada, todo el barrio del Albaicín y cuenca del río Darro, sino también las cumbres de Sierra Nevada y valles y laderas del Genil. Y disfrutaba él, cada día contemplando desde su torre, estos fantásticos paisajes, las salidas y puestas del sol y las nieves blancas de las altas cumbres. Pero con frecuencia les decía a sus amigos:

- Aunque esta torre mía y sus ventanas, son un mirador único, no es lo que a mí de verdad me gustaría.

- Pues hombre, mayor fantasía que tu recia torre, sus ventanas y los paisajes que desde aquí se ven, es imposible encontrarlo en Granada.

- En algún lugar del mundo y puede que no lejos de aquí, tiene que existir lo que sueño y deseo cada día.

- Pues cuando lo encuentres, nos lo dices y nos lo enseñas.

Y desde aquel día, cada mañana a primera hora, montaba en su caballo blanco, le abrían las puertas de las murallas de la Alhambra y lento se dirigía hacia las montañas de Sierra Nevada. Llevaba siempre con él, además de su caballo, unas alforjas de cuero llenas de monedas de oro y algunas cosas para comer al media día. Por las orillas del río Genil y otras veces por las montañas y campo a través, trotaba y, de vez en cuando, se paraba. Miraba para atrás, buscando la figura de la Alhambra y luego extendía sus

miradas por la ancha vega de los ríos y para las blancas cumbres de Sierra Nevada. Y una vez y otra se decía: “Este lugar es bonito pero no me deja satisfecho. Lo que sueño y quiero tiene que ser fantásticamente bello y único. Quiero que tenga mucha hierba, abundante agua clara, la luz más brillante del mundo, los colores más puros y la vista más reluciente que se pueda observar de la Alhambra y de Granada. Y también quiero que tenga silencio, música de cascadas, perfume de flores frescas y, sobre todo, libertad auténtica y sin mancha”.

Y uno de aquellos días, al llegar a un valle muy recogido, se encontró con un pastor de ovejas. Cerca de él paró su caballo y le preguntó:
- ¿Conoces tú algún lugar por estas montañas, que tenga mucha hierba, abundante agua clara y tierras buenas?
- Sí que lo conozco, señor.
- ¿Me lo enseñas?
- No está lejos de aquí. Sígame usted y se lo muestro.
Caminaron un trecho siguiendo la senda del arroyuelo, el pastor delante y él detrás montado en su caballo y al poco salieron a un claro del bosque. Se paró el pastor y alzando sus brazos dirección a las cumbres de Sierra Nevada, aclaró:
- Este es el lugar que le he dicho. Mire usted despacio y diga si le gusta o no es esto lo que viene buscando.
Miró despacio desde lo alto de su caballo y al rato confesó:
- Sí, esto es lo que yo siempre he soñado. ¿Tú quieres ayudarme?
- ¿En qué necesita usted ayuda?

Despacio y con detalles, le contó al pastor el sueño de su proyecto y al final le dijo:
- Te nombraré encargado y director general de esta obra mía y te daré todo el oro que necesites si me ayudas y consigues llevar a cado el sueño que te he contado.
Y el pastor respondió:
- Yo le ayudo a usted pero con dos condiciones.
- ¿Qué dos condiciones?
- Que me deje libertad para hacer las cosas a mi manera y que usted no vea nada de esta obra hasta que todo esté terminado. Hasta que yo se lo diga y en el momento concreto.
- Estoy de acuerdo contigo. ¿Cuándo empezamos?
- Cuando usted quiera.
- Pues ahora mismo. Estas alforjas que traigo aquí, las tengo llenas de monedas de oro. Desde este mismo momento son tuyas. Para que compres y pagues todo lo que necesites, con toda la libertad que me has pedido. Volveré por aquí y te traeré las alforjas llenas de monedas de oro cada día y no me entremeteré en nada de lo que digas o hagas. Eres libre como el aire de estas montañas y confío en ti plenamente. ¿Qué más necesitas?
- Quizás me sobre todo este gran tesoro que me entrega y, por eso ahora mismo, ya no necesito nada más. Pero por si acaso y ahora al principio, usted traiga todo el oro que tenga y pueda.

Se bajó de su caballo, descargó la alforja llenas de monedas, se la dio al pastor y luego miró valle arriba y dijo:
- Este río de agua clara, esas laderas tupidas de bosque y de hierba fresca, las tierras que miran al sol

de la mañana y aquellas cumbres tan bonitas y blancas, es lo que siempre he soñado. El lugar y mirador más bello de Granada, no lejos de la Alhambra y desde donde podré ver el mejor y más amplio espectáculo. Me gusta este sitio. Creo que no hay otro en ninguna parte del mundo desde donde disfrutar de la visión de la Alhambra, de su entorno y de todo el reino de Granada. Ponte ahora mismo mano a la obra y no tengas prisa ni tampoco te preocupes por el dinero. En tus manos pongo mi gran sueño.

Dejó las alforjas llenas de monedas de oro a los pies del pastor, lo despidió y regresó a la Alhambra. Y el pastor, en una profunda cueva que se abría en la roca cerca de la corriente del río y que él conocía muy bien, entró y guardó las monedas. En un rincón de la gran sala que la cueva tenía, según se entraba a la derecha. Salió luego, buscó a sus amigos y conocidos y les dijo:
- Tengo que ausentarme por unos días. Cuidad de mi rebaño de ovejas y cuando vuelva os lo pagaré. Y también compartiré con vosotros un milagro del cielo que ha ocurrido hoy por el Valle de la Luz.
- Pues ve tranquilo y regresa cuando puedas. Y despacio, luego también nos cuentas qué milagro es el que ha ocurrido hoy por ese lugar de las montañas.

Se ausentó el pastor y aquella misma tarde, habló con el dueño de las tierras del Valle de la Luz y se las compró. Habló luego con muchas familias que conocía en el barrio del Albaicín y del Realejo y a todos les dijo:
- Desde ahora, tenéis casa, tierras para cultivar, agua clara en abundancia y toda la libertad que siempre

habéis soñado. Para vivir feliz y todo completamente gratis.
- ¿Dónde es eso y qué tenemos que hacer para conseguirlo?
Preguntaron incrédulas las familias. El pastor les explicó su proyecto y al día siguiente, muchas familias se presentaron en el Valle de la Luz.

Por encima de la cueva donde el pastor había guardado el oro, en una pequeña llanura cerca de la cascada, reunió a todas las familias que iban llegando. Se puso frente a ellos, sobre una alta roca y les dijo:
- A todo el que quiera, le regalo ahora mismo un buen trozo de tierra de las mejores de este valle. Por esa gran ladera frente al sol y en lo más alto de las cumbres y por las partes bajas y junto al río de aguas claras.
Y enseguida algunos preguntaron:
- ¿Y qué tendremos que darte nosotros a cambio de tu regalo?
- Absolutamente nada. Pero sí que es un regalo con algunas condiciones.
- ¿Qué condiciones?
- Solo tres, muy sencillas y fáciles de cumplir.
- ¿Cuáles son?
- Que cultivéis con esmero cada uno de los trozos de tierra de este rincón, respetando al máximo la naturaleza. Que cada uno de vosotros se construya una bonita casa de paredes blancas en la ladera de enfrente de las tierras de cultivo y que en vuestros ratos libres, me echéis una mano en la obra que tengo que construir.

Un poco desconcertados estaban los allí presentes aunque satisfechos con las condiciones que les ponía el pastor. Por eso varios preguntaron:
- ¿Y qué obra es la que tienes que construir?
- Una muy grande, de cal, arena y piedras en lo más altos de la montaña que forma este valle. Y como será tan grande, ha de ser única tanto en Granada como en el mundo entero.

Y las familias, después de hablar mucho entre ellos y reflexionar sobre los pros y contras, dijeron:
- Estamos de acuerdo en las condiciones que nos pides. ¿Cuándo tomamos posesión de las tierras?
- Desde hoy mismo, en este instante, os podéis poner mano a la obra. Entre vosotros poneros de acuerdo y hacer las cosas como más os guste, teniendo en cuenta solamente las tres condiciones que os he dicho.
- Pues ahora mismo damos comienzo a esta fantástica aventura.
Dijeron todas las familias allí presentes. Y en aquel mismo instante se pusieron mano a la obra. Entre ellos se repartieron las tierras fértiles de la ladera del sol y las más cercanas a las aguas del río. En la ladera de enfrente, por encima de la cueva y en lo más alto, abrieron cimientos y comenzaron a construirse sus casas. Cada familia una y procurando que todas fueran más o menos iguales. Y por las riveras del río, se pusieron a sembrar árboles frutales: higueras, membrillos, ciruelos, cerezos, perales, parras…

Cada mañana, el soñador de la Alhambra, seguía llegando al lugar montado en su caballo blanco. Saludaba al pastor, le entregaba algunas monedas de oro y luego preguntaba:

- ¿Cómo va la construcción de mis sueños?
- Va todo muy bien, señor.
- ¿Cuándo podré verla y disfrutarla?
- Tiene usted que esperar todavía bastante tiempo. Una obra como ésta es complicada y hay que dedicarle mucho esfuerzo.
- ¿Y ni siquiera puedo observarla desde lejos?
- Es una de las condiciones que pastamos. Hasta que todo esté terminado, usted no podrá contemplar el valle ni ver la obra que ahí levantamos.

Despedía el hombre al pastor y luego, muchas veces, se quedaba allí, junto al río. Por debajo de la gran cascada, cerca del charco azul redondo, donde se bañaba, comía en solitario, siempre mirando para la Alhambra y siempre soñando con el mirador del Valle de la Luz. El pastor nunca lo molestaba ni tampoco las familias ya dueños del valle. Sus casas, según iba pasando el tiempo, emergían blancas sobre la ladera del sol y sus huertos, se llenaban de verdes frescos, de árboles cada vez más grandes, con muchas flores en primavera y cargados de los mejores frutos, en verano y en otoño. Así fue como, según corría el tiempo, meses, algunos años y más meses y semanas, la belleza del valle aumentaba.

Hasta que un día, seis años después del primer encuentro con el pastor, éste una mañana le dijo al hombre soñador:
- Llega la primavera y por fin, la obra que para usted hemos estado construyendo, se encuentra terminada. Mañana por la mañana, usted puede entrar conmigo al valle y subir al mirador de sus sueños.

- Desde este momento, ya solo vivo esperando que amanezca mañana.
Dijo el hombre. Y al salir el sol al día siguiente, montado en su caballo, entraba por las veredas de las partes bajas del valle. Y al ver la ladera de la izquierda, toda repleta de huertos y tierras llenas de vegetación, se quedó sin aliento. Y más se sorprendió al ver la ladera de la derecha, por donde más de mil casas de paredes blancas y casi todas iguales, emergían como asomadas a las aguas del río. Y río arriba, los árboles y vegetación, llenaban de colores y sombras, todo el amplio valle. Dijo:
- De ningún modo podía yo imaginar que esto fuera tan bello y mágico. ¿Cómo lo has conseguido?
- Con el sudor de la frente y la bendición del cielo.

Caminaron un buen trecho, el hombre sobre su caballo y el pastor delante y al llagar a la construcción, por encima de la cueva de las monedas, se bajó del caballo. Por un camino todo de piedra, subió guiado por el pastor y comenzaron a remontar hasta las partes más altas del valle. Y según iban subiendo, de vez en cuando se paraba y miraba para atrás. Al fondo, a lo lejos y cada vez con más claridad y fuerza, iban descubriendo las torres de la Alhambra, la ciudad de Granada, sus ríos y la Vega. Y según miraba exclamaba:
- Mucho más hermoso de lo que siempre yo había imaginado.
- Pues subamos un poco más y lleguemos al mirador.

Siguieron caminando y cuando por fin alcanzaron la plataforma del mirador, todo de piedra tallada y mármoles blancos y verdes, el hombre se

paró. Cerró los ojos, respiró profundo y luego poco a poco comenzó mirar. Cuando por fin sus ojos se abrieron por completo y pudo contemplar lo que desde el mirador se veía, se quedó todo quieto. No dijo nada, miró largamente en silencio y pasado un buen rato comentó:

- Este mirador, esas laderas tan verdes que caen hacia el río y aquel enjambre de casitas blancas como la nieve de Sierra Nevada, es el pórtico del paraíso. Nada, en ningún otro lugar del mundo, puede ser más bello.

Y entonces el pastor, abriendo un gran cofre que había colocado a la derecha del mirador, de madera tallada y decorado con pequeñas piedrecitas de cuarzo transparente, dijo al hombre soñador:

- Y aquí tiene usted todas las monedas de oro que me ha ido entregando desde el primer día. Solo algunas hemos necesitado pero luego fuimos recuperándolas poco a poco.

Y aquel día, el hombre soñador, ya no regresó a su torre de la Alhambra. En el mirador del Valle de la Luz, se quedó a vivir con las familias y su amigo el pastor. Y aunque al día siguiente y los que vinieron después, fueron a buscarlo, no lo encontraron. Tampoco en aquellos días, nadie pudo descubrir el Valle de la Luz. Aun hoy en día nadie sabe dónde se encuentra este magnífico lugar. Pero cuando las nieblas cubren las laderas de las montañas de Sierra Nevada, sí algunos dicen que se vislumbra el valle, con su gran mirador en lo más alto, los huertos y las casas blancas en la ladera del sol. Y otros comentan:

- Si el Valle de la Luz, era el pórtico del paraíso, pertenece a la eternidad y por eso es lógico que siga

existiendo. Pero para verlo, quizás sea necesario tener el corazón tan hermoso y puro como el de aquel pastor.

La acequia del río Darro

El agua que corre a los pies de la Alhambra,
savia de los altos montes
por donde se acumulan las nieves blancas,
tiene alma propia
y en su corazón, la eternidad tallada.
Las acequias, fuentes y el río Darro,
cada día lo anuncian al llegar el alba.

Desde su nacimiento, en la Fuente de los Porqueros, por encima del pueblo de Huétor hasta su desembocadura en el río Genil, el río Darro tuvo y tiene muchas acequias. Pequeños canales artificiales, la mayoría de tierra y construidos en tiempos antiguos, para llevar el agua a las huertas, casas y cuevas. Muchos de estos canales, eran y son pequeños, de recorrido corto y de escaso caudal de agua. Otros eran y son largos, con mucha agua, como es el caso de la Acequia Real de la Alhambra o la de Aynadamar. Bastantes de estas acequias, regaban y siguen regando las tierras llanas en las riveras del río Darro. Otras, alimentaban molinos de aceite y de harina y muchas servían para llenar aljibes, sustentar fuentes y regar jardines en las casas particulares y cármenes.

Justo mismo donde nace este río, Fuente de los Porqueros o Nacimiento, ya hay acequias. Dos muy grandes que por la derecha y por la izquierda, llevan

agua a molinos, olivares, tierras de cultivo, pequeñas vivienda y al pueblo mismo y a más huertas. A su paso por el pueblo, al río le siguieron construyendo acequias. Ya por debajo del pueblo y hasta el paraje de Jesús del Valle, a un lado y otro, siguen saliendo canales. Uno de estos canales aun alimenta a una pequeña fábrica de luz. Más abajo se remansa la presa de la Acequia Real de la Alhambra y luego las tierras y cortijo de Jesús del Valle. Por este sitio, las acequias no solo regaban tierras sino que alimentaban molinos de aceite y de harina y daba agua a viviendas, pilares y corrales de animales. Y desde este hermoso valle hasta Valparaíso, seguía y aun sigue saliéndole acequias a este corto pero fantástico cristalino río Darro.

Hoy en día, desde Jesús del Valle para abajo, muchas de las acequias antes mencionadas, están rotas o perdidas pero por Valparaíso y hasta cerca del Puente del Aljibillo, todavía hay una que tiene vida propia y es útil. Algunas personas aún conservan sus huertecillos por las riveras del Darro y, sobre todo, por Valparaíso y Fuente del Avellano. Por eso es justo aquí, por donde los parajes de la Fuente del Avellano, frente a la Abadía del Sacromonte y las laderas de las cuevas, por donde aun corre la Acequia del Avellano. En tiempos antiguos a esta acequia se le conocía hasta con tres nombres deferentes: Acequia de Santa Ana, de Romaila y de los Ajares. Sale del río por encima de la Abadía y, por el lado de la umbría del Generalife, desciende paralela al cauce elevándose poco a poco hasta por debajo del Rey Chico. En la misma umbría del Generalife y a media altura y parte alta, se encuentran las dos más grandes acequias que

le han construido a este río: la Acequia Real de la Alhambra y la del Generalife. Pero la pequeña acequia del Avellano, tenía y tiene algo que no se da en ningún otro canal de este río.

Fue construida esta acequia en tiempos muy lejanos. Casi antes que la Alhambra y principalmente para regar huertecillos. También para regar jardines de cármenes y para que de ella cogieran agua algunos habitantes de los barrios por debajo de la Alhambra. Aun hoy en día sucede esto. Pero en aquellos tiempos, para lo que más servía el agua de esta acequia era para dar vida a las tierras de los huertos que vengo diciendo. Por eso, siguiendo su trazado, a primeras horas del día y al caer las tardes, siempre se veían hombres que iban y venían con sus herramientas de labor a cuestas. Al encontrarse unos y otros, se saludaban y preguntaban:
- ¿Qué? Tu huertecillo este año ¿va a darte buena cosecha?
- Más o menos como el año pasado. ¿Y el tuyo?
- Mis plantas están que dan gusto verlas. Con esta agua tan buena y fresca que a todas horas nos regala el río y este sol de primavera, mi huertecillo creo que me va a dar una muy buena cosecha.
- Pues hay que agradecerle al cielo que nos premie con este tesoro de río de tan abundante agua fresca y pura.
- Eso desde luego. Y también hay que agradecer la suerte de vivir en este lugar tan bueno y este barrio y ciudad tan mágica. Montañas, bosques y ríos, hay en muchos lugares del mundo pero como las maravillas que aquí tenemos, no existe en ninguna otra parte del planeta.

Y al caer las tardes, en aquellos todavía frescos días de primavera, estos hombres se juntaban. Justo por debajo de lo que hoy es la Fuente del Avellano y cerca de la acequia, encendían un fuego. Alrededor de sus llamas se sentaban y mientras contemplaban irse el sol, derramando sus últimos rayos sobre las torres de la Alhambra, charlaban. Se repartían entre ellos algunos frutos de los huertos y, mientras se calentaban y charlaban, gozaban del rumor del agua y del brillo de las estrellas en los cielos de Granada. Nadie le daba importancia a estas sencillas reuniones de aquellos hombres pobres. Pero aun hoy en día, cuando se recorre este trozo de acequia, el corazón se asusta y se alegra.

Porque, junto al fuego, cerca de la clara acequia y no lejos de las tierras de sus huertecillos, ellos parecen haberse quedado para siempre. Compartiendo las llamas de la lumbre, hablando de sus sencillas cosas y mirando a las estrellas. Por eso, esta acequia del Avellano y en este tramo concreto, tiene alma propia y es muy diferente a todas las demás acequias del río Darro. A través del tiempo, ellos siguen vivos por aquí y como contemplando y gozando del agua que corre a los pies de la Alhambra.

En el puente del Aljibillo del río Darro

Me lo dijeron y no lo creía. Por eso, durante algunos días, pensé mucho en ello. Y aquella noche, última del mes de marzo, ya en la cama me dije: “Mañana mismo tengo que ir a verlo”. Y al día

siguiente, primer día del mes de abril y comienzo de la Semana Santa, me dediqué a ello.

El día amaneció nublado, sin frío ninguno, con los naranjos llenos de flores y, en los jardines y cármenes de Granada y por la Carrera del Darro, cimbrándose y florecidos los narcisos. Olían a incienso fresco algunas de las calles de Granada y por la Carrera del Darro, la luz, los colores, el rumor del agua, los turistas y la hermosa figura de la Alhambra, llenaban de entusiasmo el alma. Caminé despacio y a primera hora de la tarde, me dirigí al pequeño puente de piedra. Se le conoce con el nombre de Puente del Aljibillo y es el último que el río Darro tiene, subiendo desde el centro de Granada hacia la Fuente del Avellano. Justo donde termina el Paseo de los Tristes y comienza la Cuesta del Chapiz y camino o cuesta de los Chinos o del Rey Chico. Lugar éste muy conocido por todos los habitantes de Granada. Porque, además de ser muy bonito y único en el río Darro, también se rodea de misterio y luces fantásticas al caer las tardes y frente a la Alhambra. Yo diría que no hay en toda Granada un rincón tan bello y mágico como el Puente del Aljibillo.

Por eso, según me iba acercando, el corazón me latía a prisa y la curiosidad me comía. Ya he dicho que yo, como muchas otras personas que tenían conocimiento de los hechos, no me lo cría. Pero por bastantes sitios de Granada, muchos comentaban:
- Que tal como están los tiempos ahora, nadie regala nada.
- Parece de locos y por eso algunos no se lo creen pero es cierto.

- ¿Y tú lo has visto y comprobado?
- Con mis propios ojos y ayer mismo.
- Pues si es así, habrá que ir a verlo. Que tal como están los tiempos ahora, si las cosas son como dices, es un milagro que solo puede suceder en Granada, no lejos de la Alhambra y junto a las aguas del río Darro.

Estas o cosas parecidas iba meditando mientras me acercaba al puente. Y vi a las primeras personas concentradas y formando fila al final de la plaza del Paseo de los Tristes y otros ya subiendo para la Alhambra, por la Cuesta del Rey Chico. Ya he dicho que el día era muy hermoso, sin frío ninguno ni viento y como con algo mágico suspendido en el tiempo. Me fui acercando poco a poco y cuando estuve al comienzo del bonito puente, me paré. Miré buscándolo y lo vi. Estaba sentado en el pequeño muro del lado de arriba y hablaba con las personas que a él se acercaban. Les preguntaba:
- ¿Cuántos libros quieres?
Y algunos le decían:
- Yo me conformo con dos y también dos entradas.
De las cajas de cartón que tenía junto a sí, cogía los libros y las entradas, se las deba a la persona y le decía:
- Que disfrutes este libro y también disfrutes mucho recorriendo la Alhambra y los hermosos rincones de Granada.

Y el siguiente decía:
- Yo quiero tres libros y cuatro entradas.
- Pues a mí me da usted dos entradas y seis libros. Se los voy a regalar a mis hijos y a mis nietos.
- Y a mí, solo un libro y una entrada.
Y a unos y a otros, sin cobrarles nada, iba dando lo que cada cual le pedía al tiempo que les repetía:
- Como la Alhambra y Granada, nada hay en el mundo entero. Que esto te sirva un poco para gozarla a fondo y conocer sus misterios.

Fue avanzando la cola y cuando llegué a él, lo miré despacio, miré al libro que regalaba y luego miré al río Darro y a la Alhambra. Me preguntó:
- ¿Cuántos libros quieres tú?
- Con solo uno y una entrada, tengo bastante.
Me alargó el libro y al cogerlo, leí enseguida el título: "La Fantasía del sueño más bello, Alhambra de Granada".

Me guardé la entrada y cuando comenzaba a subir por la Cuesta del Rey Chico, oí que varias personas comentaban:
- Apenas nadie lo conoce en Granada pero muchos dicen que tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Y parece que lo único que se le ha ocurrido, es editar este libro y comprar entradas para visitar los palacios de la Alhambra, y regalar todo esto a todo el que viene por aquí.
- Un hombre bueno y enamorado de la Alhambra y de Granada, sin duda. Y más valor tiene aun, en los tiempos que vivimos.
- Y lo más original, es el rincón que ha escogido para repartir estos libros y las entradas.
- Sí, porque el Puente del Aljibillo, en el río Darro y frente a la Alhambra, es un rincón único no solo aquí en Granada sino en el mundo entero.

La princesa artista

Decían que era la más inteligente de todas las princesas de la Alhambra. La más sabía y buena de cuantas princesas vivía en los palacios. Por eso, todos la querían, la respetaban, la trataba con admiración y hasta le pedían consejos. Las amigas, siempre estaban a su lado preguntándole cosas y compartiendo con ella sus sueños y fantasías.

Y esta princesa, además de inteligente, también tenía dones de artista. Le gustaba la primavera, escribía

mucho y leía libros y, sobre todo, pintaba cuadros. Los más bonitos cuadros, con los colores más vivos y los paisajes nunca por nadie soñados. Por eso los padres, le regalaron una lujosa estancia en la torre más alta y bella de la Alhambra y le dijeron:
- Para que desde lo alto de estar torre, contemples cada día la salida y puesta del sol de Granada y para que disfrutes desde aquí, de los jardines, fuentes, huertas, acequias, paisajes y montañas que rodean a la Alhambra.
Y ella dijo:
- Y para pintar, en mis momentos de sueños, los cuadros más bonitos que nunca en Granada se hayan visto.
- También eso y ojalá algún día nosotros y otras personas, los contemplemos.

Y como la princesa era tan inteligente, desde aquel día cada mañana subía a lo más alto de su torre al contemplar los paisajes y las puestas del sol de Granada. Se llevaba con ella sus pinceles, pinturas y lienzos y cada día pintaba algo nuevo. Sencillos paisajes, a veces, llenos de luz, de transparencias y de colores vivos. Al ver estos cuadros suyos las amigas le comentaban:
- Desde luego, como tú, nadie en este mundo pinta cosas tan bellas. ¿Cómo lo consigues y de dónde sacas estas luces y colores?
- Lo consigo de la forma más sencilla, trabajando cada día un poco y estas fantasías las saco, parte de lo que cada día veo y parte, de lo que en mi corazón tengo. Y para vuestra información, todo lo que aquí estáis viendo, no es sino un boceto de la historia que en mi corazón llevo estampada.
- ¿Qué historia es esa?
- No puedo explicarla con palabras. Deseo pintarla para que la veáis con vuestros propios ojos y juzguéis.
- Pues sí que nos gustaría verla. Desde ahora ya estamos intrigadas.

Y solo unos días más tarde, la princesa artista, terminaba su gran obra de arte. Un cuadro muy sencillo, con

los colores muy vivos, lleno de una luz bellísima y tamizado por un gran velo de misterio. Les enseñó el cuadro a sus amigas y éstas, al verlo, se quedaron quietas y mirando frente al cuadro y después de un largo rato, le preguntaron:
- Nunca hemos visto ni creemos que nunca se verá en este mundo una obra tan bella como esta tuya. Pero, ese joven, ese río de aguas tan claras, esas montañas tan mágicas y esa luz que por el horizonte viene brotando ¿de dónde lo has sacado y qué significa?
- Este joven que va por la llanura de la hierba, estaba preso y este grupo de muchachos, han acudido en su ayuda. El río que por aquí corre y tiene aguas tan claras, es el que baja de las cumbres blancas y estas montañas tan hermosas, altas y mágicas, es el reino de la libertad hacia donde los amigos quieren llevar al joven preso.

Las amigas guardaron silencio sin dejar de mirar al cuadro y a rato otra vez preguntaron:
- ¿Y la luz tan hermosa que mana desde ese horizonte tan bello?
- Es ahí donde está mi corazón, mi sueño más íntimo y puro, el reino que un día quiero compartir con el joven que busca la libertad.
- Y esto que has pintado y nos explicas ¿existe de verdad en algún lado?
- Esto es el reflejo de sueño que en mi corazón tengo. Pero los personajes y los paisajes, existen de verdad.
- ¿Podemos un día ir contigo y verlo?
- Un día, podremos. Porque tanto, tanto lo he meditado y lo sueño que si no lo consigo, pienso que mi vida no tendría en este suelo, ningún sentido.

Durante mucho tiempo y a lo largo de sus primeros años de juventud, ella había sido muy feliz. Llevada por la magia de su más limpia ilusión y creyendo, en todo momento, que la vida y las personas, le regalarían un mundo bueno y bello. Y según fue creciendo y el tiempo pasaba, iba descubriendo que muchas de las cosas que había soñado, se

le desvanecían como el humo en el viento. Y fue entonces cuando comenzó a entrar el dolor en su corazón. Confiaba en que sus padres la comprendieran pero fueron pasando los días y por ningún lado encontraba lo que continuamente soñaba y su alma necesitaba.

Por eso, refugiada en las lujosas salas de la torre que los padres le habían regalado, a solas, una vez y otra, lloraba. Se decía: “Mi vida se consume en la monotonía total y mi corazón se muere sin libertad y en el fracaso más grande. Nunca seré ni feliz ni libre ni nunca seré amada ni podré amar en la medida que necesita mi alma”. Compartía estos sentimientos con algunas de sus amigas pero no le servía de nada. Al final, cada día y al llegar la noche, se sentía sola, desgraciada, con su ilusión cada vez más rota y sin ninguna meta en su vida.

Se enamoró un día de un joven que siempre andaba por el palacio y esto le dio la vida. Y más cuando cada día el joven le comentaba:
- Princesa, yo te daré un día la libertad y ese mundo maravilloso que tanto necesitas y sueñas.
- ¿Qué día será ese y cuando?
- Pronto. Y como los dos somos todavía muy jóvenes, nos escaparemos de estos palacios y en un lugar que yo conozco, construiremos nuestro propio reino. Tendremos aire puro, cielos luminosos cada día, mil ríos de aguas claras, muchas flores y pájaros y la libertad más limpia.

Y la princesas, se llenó de ánimo, la ilusión brotó de nuevo en su corazón y ya solo vivía alimentada por las cosas bellas que el joven cada día le prometía. Pero un día, enterado el rey de los amores del joven con su hija, ordenó que desterraran a este joven a un lugar muy lejano y escondido en las montañas. Al saberlo la princesa, le entró ganas de morirse y aquella noche y al día siguiente y en los meses que siguieron, lloró y lloró su desesperación. Con nadie compartía este dolor suyo pero sí, cada vez que subía a

lo más alto de la torre que le habían regalado los padres, miraba y miraba para las altas montañas que a lo lejos se veían.

Y para convencerse y animarse, se decía: “Por allá debe vivir en el destierro, seguro que pensando en mí y con su corazón tan roto como el mío. Y seguro que por allí y no lejos de donde vive desterrado, debe encontrarse ese reino hermoso que tantas veces me ha prometido. ¡Cuánto deseo irme a ese lugar, encontrarme con él para abrazarlo y vivir por fin la libertad que tanto y tanto mi alma necesita!”.

El libro de estos relatos tiene más de 1000 página, en tamaño A4 y letra en nueve puntos. Aquí solo he puesto una muestra de este libro. Algo más se puede leer en las siguientes páginas Web:

Facebook:
http://www.facebook.com/home.php?ref=home#!/profile.php?id=1112504705

Y también aquí:
http://romi3.jimdo.com/la-alhambra-en-el-corazón-ralatos-i/

Número 2
Granada 2012